

# La lección del profesor

(CUENTO)

Por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA



PROFESOR inquieto del Instituto de Enseñanza Media de Béjar, con personalidad y dotes artísticas fabulosas, por la gracia de Dios, era el de Dibujo, don Jesús Gallego Marquina.

Era un hombre lleno de nobles afanes, ganas de trabajar, gusto exquisito, liberal y eficaz en grado sumo.

Don Jesús tenía una cara ancha y siempre agrandada por una amplia sonrisa simpática, que le hacía enseñar unos enganches de oro, en su dentadura.

Llevaba el pelo largo, en bohemio de principios de siglo y usaba chaquetas largas y pantalones anchos. Para trabajar se quitaba la chaqueta y quedaba en un jersey gordo y deportivo.

Le gustaba que copiásemos figuras de mármol, escayola directamente del modelo y que dibujásemos del natural. Entonces, los sábados por la tarde, que teníamos libre, Lucas, Perriáñez, Matas, Camilo y yo, nos íbamos por los caminitos bejaranos y, un día, nos traíamos dibujada la iglesia de Palomares o la de Valdesangil, el puente de los Serenos o el de Alcoles, las viejas casas de La Antigua o de Barrio Neila, la cárcel del partido o el castillo ducal. Al que mejor se le daba el dibujo era a Lucas y él lo hacía, primero y, después, los demás copiábamos. A don Jesús todos le gustaban mucho y nos ponía muy buena nota.

También le agradaba que hiciésemos caricaturas y las copiábamos de "ABC", de aquellos grandes artistas que eran Ugalde, Cebriá o Sileño. Por aquella época Camilo José se interesaba mucho por los deportes, pero en su aspecto literario y se bebía la sección deportiva de "ABC", que escribía Jacinto Miquelarena, con mucho buen humor. De sus perrillas compraba él una revista deportiva, titulada "Campeón".

Una noche, en la hora que nos quedábamos en el Instituto a "Permanencias", con el profesor de Gimnasia, un señor serio, antipático, con gafas quevedescas y voz chillona, a Camilo José se le ocurrió echar encima de la estufa un manojo de hierbas olorosas. El señor Novoa se pasó la noche investigando quién había sido el autor del desaguisado y, como no fuese capaz de averiguarlo, nos puso a todos el castigo de copiar quinientas veces una frase que decía: "Tengo que portarme bien en Permanencias".

Ninguno queríamos al señor Novoa, pues nos sometía a unas clases de gimnasia sueca muy aburrida, disciplinada y ordenancista. Por cualquier cosa le ponía a uno un cero. Camilo ya determinó ponerse un vendaje en el tobillo derecho y decirle a don Joaquín que tenía una herida y no podía hacer la gimnasia, pero el señor Novoa, que era muy desconfiado, le mandó quitar el vendaje y vio que no tenía nada, por lo que le puso un par de ceros.

A Camilo José le caía cada vez peor el señor Novoa y cuando el profesor se descuidaba, imitaba muy bien el croar de las ranas. A don Joaquín se le ponían morados de ira hasta los aretes de sus lentes quevedescos, ya que no acababa de saber quién era el autor de la imitación batracia. Miraba y remiraba y nada. Pero tanto se confió Camilo José que, un día, lo vio perfectamente y le dijo que le castigaba a quedarse en la clase, sin comer. Y así lo hizo. Pero yo fui a casa, se lo dije a mi madre y ella me dio un par de bocadillos. En compañía de otros amigos fuimos hasta las cercanías de las ventanas del gimnasio, se los tiramos dentro, con certera puntería y mi hermano no se quedó sin comer.

La señorita de Literatura, doña María San José, nos propuso que hiciésemos cada uno, en casa, un tema libre de redacción y Camilo José escogió uno realísimo y de actualidad para nosotros que, por entonces, nos reuníamos en el almacén de los Maillos, organizábamos un escenario con cajones y bambalinas con viejas colchas y representábamos comedias, ante la numerosa grey infantil que por allí había, cobrándoles diez céntimos a cada uno y había jornadas que sacábamos hasta cuatro pesetas.

Camilo José se encargaba de escribir los argumentos de las comedias, que eran cortas y burlescas, sobre temas de actualidad y como en los diez sábados que las hicimos ocurrieron mil incidencias, él, con su buena memoria, las describió maravillosamente y la señorita San José le puso un diez y le hizo objeto de un trato especial, desde entonces. Era un niño mimado. Le decía que fuese por el hotel donde ella se alojaba, para ayudarla a corregir los ejercicios y allí se pasaban las tardes enteras. La señorita San José era una mujer de unos veinticin-

co años, con un tipo espléndido, unos bellos ojos castaños, una cara ovalada y sonrosada y una hermosa cabellera negra.

Camilo José tenía mucha tirria al bedel, Cordobilla, un patán con mandilón largo, las cejas muy juntas y pobladas, la nariz chata, la voz gangosea, la gorra muy encasquetada y siempre inquisidor, acusica y regañón.

El tal bedel tenía una especie de garita encristalada, en un lateral de la galería superior y allí, sentado en una silla, dormitaba constantemente.

Cordobilla doblaba la cabeza sobre el hombro derecho y la apoyaba sobre al ángulo de cristal de la garita. Y Camilo José cogía del patio una pajita y la metía por la hendidura del cristal, escarbando en el oído al pobre Cordobilla, que pegaba un respingo, al despertarse, pero Camilo era más veloz y, a gatas, se escapaba hacia donde estábamos los demás. Cordobilla llegaba ante nosotros, con cara de mascar limones, gruñía y gruñía, pero no sacaba nada en limpio. Y así un día y otro, hasta que Cordobilla, una tarde, se hizo el dormido y cuando Camilo se enderezaba para meterle la pajita en el oído, pegó un rápido brinco, le vio, le cogió por el cuello y lo llevó a la sala de profesores, exclamando:

—Señor director, aquí le traigo a este sirvergüenza.

—¿Pero qué ha hecho?

—Pues que me mete pajitas en el oído, cuando yo estoy sentado en la garita.

Saltó la señorita San José:

—Pero sería porque estaba usted dormido...

—Sí sí, claro...

Volvió a intervenir la señorita San José:

—¿Verdad Camilo, que no vas a volver a hacerlo? ¿Me lo prometes?

—Sí señorita.

Y sin esperar la sentencia del director, la señorita San José, dio por terminado el juicio y le mandó salir del despacho.

Don Jesús Gallego Marquina dibujaba como los ángeles y, delante de los alumnos, hacía, con pocos trazos, dibujos maravillosos.

Un día nos puso para dibujar en la clase, un Apolo, en escayola. Un chico de larga nariz y muy tímido, llamado Antonio, era un dibujante fenomenal y en la primera jornada, casi hizo, perfectamente bien, la obra artística. Le quedó como para llevarla a un museo. Pero mira por donde, cuando ya todos habíamos salido del aula de dibujo, me dice Camilo José:

—¿A que no eres capaz de entrar en el aula otra vez?

—Para qué?

—¿No sabes lo que he hecho, en vez del Apolo?

—Yo no.

—Pues he dibujado a la Venus del Milo y voy a hacer unas cosas estupendas, delante de ti.

—No hagas tonterías.

—Ya verás. Entra.

Y con aquel poder suasorio que siempre tuvo me hizo entrar en la clase y cogiendo acercándose a su Venus, con una cuchilla, le cortó los pechos y se los puso al Apolo y a éste le dibujó unos miembros viriles fenomenales.

Asustado yo de lo que él había hecho, salí corriendo por la galería, con tan mala fortuna, que tropecé, con el dichoso bedel Cordobilla y perdió el equilibrio y cayó al suelo. Se levantó, hecho una fiera, me dio un mojicón y me reconvino, **inquisitorial**:

—¿De dónde vienes?

—De la clase de Dibujo.

El muy lagartón debió de sospechar algo, pues me ordenó:

—Vamos allá.

Yo me puse pálido y rojo y amarillo, pero como él me tenía muy fuertemente cogido por el brazo, no tuve más remedio que acompañarle.

Cordobilla abrió la puerta del aula y cuando vio al Apolo, con aquellos pechos femeninos y aquellos chafarrinones en el miembro viril, se echó las manos a la cabeza y, a voz en grito, prorrumpió:

—Tú, solamente tú, podías haber hecho una faena como ésta

¡Ahora sí que no te salva ni la señorita San José!

Dando voces, por la galería adelante, me condujo Cordobilla, bien agarrado del brazo, hasta el despacho del director. Cordobilla le contó lo que había visto pintado en el dibujo de Antonio. Don Jesús fue allá y lo comprobó. Y certero, rápido y agudo, como un rayo, sentenció:

—Tú no has hecho esto ¿A que no?

—No señor. Se lo juro.

—¿Y sabes quién ha sido?

Yo agaché la cabeza. Don Jesús comprendió mi silencio y dijo:

—Antonio sí lo sabe, pero no quiere ser un acusica.

Y ordenó a Cordobilla:

—Que dentro de cinco minutos estén todos los chicos en esa clase.

Nos fuimos arremolinando todos allí, muy asustados. Algunos ya sabían quién había sido el autor del desaguisado.

Don Jesús dijo:

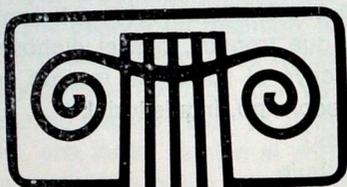
—Quien haya sido, que levante la mano, para que no tenga yo que castigaros a todos.

Al instante, Camilo José, la levantó.

Don Jesús habló, solemne y pausado, hondo y profundo:

—Tu valentía y nobleza te ha salvado por esta vez. No vuelvas a hacer una majadería como esa. Marchad todos a correr por el patio.

Me alegro de que ningún compañero haya denunciado a Camilo.



## EXTREMEÑO

## CACEREÑO

«Alcántara» es tu revista. Ningún pueblo, región o país puede elevarse en sentido alguno si desatiende sus problemas culturales. No hay progreso compatible con la ignorancia o el desdén hacia las cosas del espíritu.

«Alcántara» nació con estas miras y hoy quiere acentuarlas más que nunca. Suscríbete a esta revista que es la tuya, propágala entre tus amistades y defiéndela si te encuentras en otras comarcas o naciones, lejos del solar natal.

## MI VISITA A LA TRAPA

En este mar castellano

—tierra parda, verde hierba—  
se yergue humilde y agreste  
el Monasterio de Dueñas.

Te he visitado en la tumba,  
querido hermano trapense  
y he sentido en mis entrañas  
la alegría de tu muerte

Tuviste prisa en llegar  
a la Patria del Amado  
y atraído por tu amor,  
pasó el labrador segando

Ya gozas de nuestro amor,  
háblale un poco de mí  
díle que siembre en mi viña  
los frutos que sembró en ti.

¡Quién me diera compartir  
tu vida santa y humilde  
entonando himnos de gloria,  
bajo el cielo al que subiste!

En esta inmensa llanura,  
de horizontes insondables,  
espera tu santo cuerpo  
el clarín de los arcángeles.

Teresa CENDAL PEÑALVER